

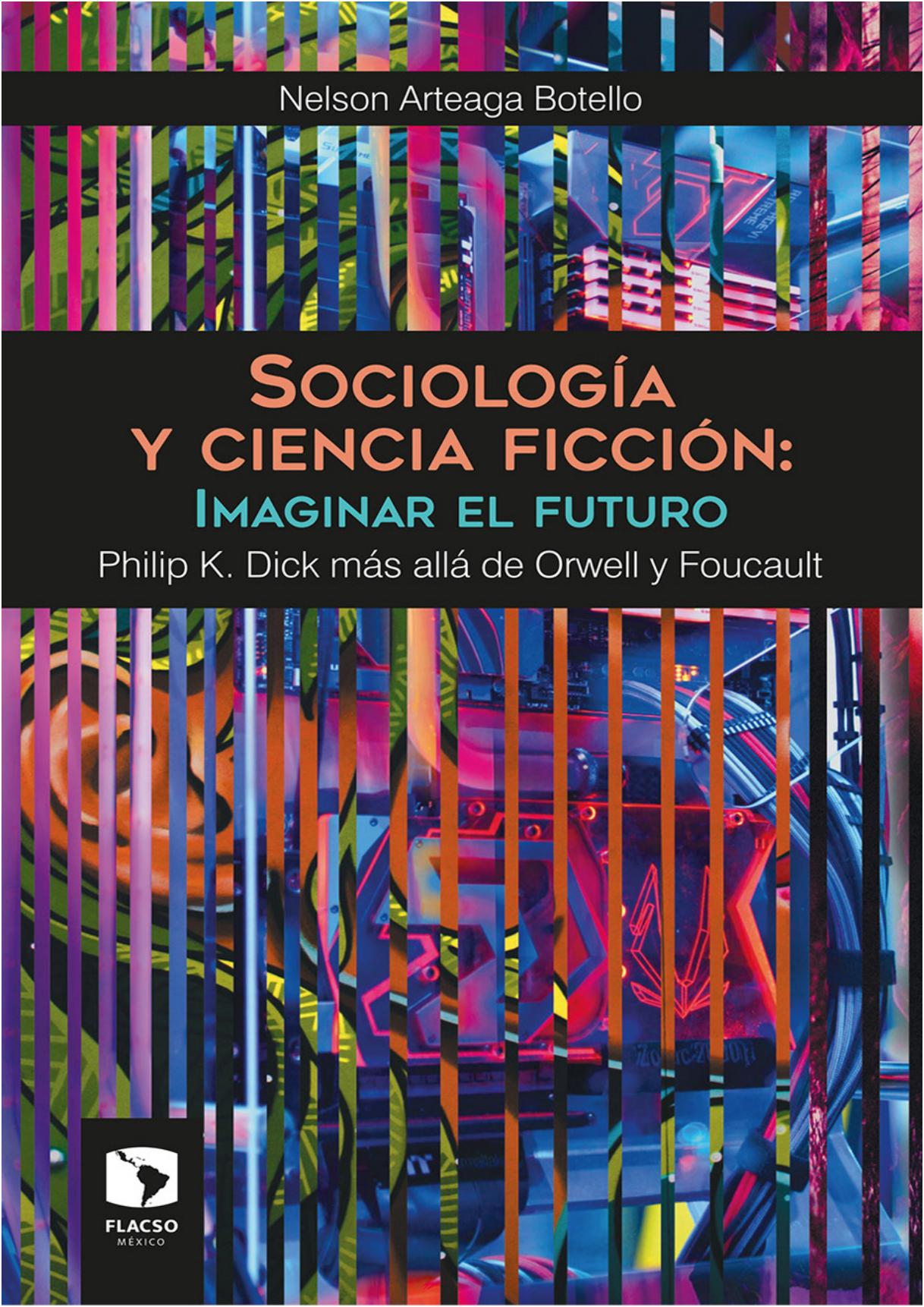
Nelson Arteaga Botello

# SOCIOLOGÍA Y CIENCIA FICCIÓN: IMAGINAR EL FUTURO

Philip K. Dick más allá de Orwell y Foucault



FLACSO  
MÉXICO



Nelson Arteaga Botello

# SOCIOLOGÍA Y CIENCIA FICCIÓN: IMAGINAR EL FUTURO

Philip K. Dick más allá de Orwell y Foucault



FLACSO  
MÉXICO



# **Sociología y ciencia ficción: Imaginar el futuro**

**Philip K. Dick más allá de Orwell y Foucault**

Nelson Arteaga Botello



**FLACSO**  
MÉXICO

# Índice

[Introducción: Vigilancia y otredad](#)

[Identities y deseos humanos](#)

[Latinos, asiáticos y androides](#)

[Colonizados y colonizadores](#)

[Conclusiones: Vigilancia como código cultural](#)

[Referencias](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

## Introducción: Vigilancia y otredad

**E**l escritor estadounidense Philip K. Dick (1928-1982) ha sido reconocido en el mundo de la literatura mundial como uno de los narradores de novelas y cuentos de ciencia ficción más importantes y revolucionarios del siglo xx. Link (2010) sugiere que la reciente publicación —de la Library of America—<sup>[1]</sup> de algunas de sus novelas más importantes significa que este autor ha logrado hacerse ya de un lugar en el panteón de los grandes escritores de los Estados Unidos, un hecho significativo si se considera que, por mucho tiempo, tuvo dificultades para que las editoriales publicaran su trabajo. El reconocimiento y el interés por el trabajo literario de Dick ha impulsado la traducción intensiva de sus novelas y cuentos a idiomas como el búlgaro, portugués, hebreo, checo, fines, alemán, griego, húngaro, coreano, japonés, persa, polaco, ruso, turco e italiano, entre otros. En el caso particular de la traducción de su obra al castellano, es evidente que dichas traducciones se han incrementado sensiblemente en los últimos diez años. De esta manera se podría decir que las novelas y cuentos del escritor estadounidense han alcanzado, hoy en día, una amplia difusión a escala global.

Sin duda, la película *Blade Runner* —dirigida por Ridley Scott en la década de los ochenta del siglo pasado— jugó un papel importante en la difusión de la obra de Dick. El filme se inspiró en la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* —publicada originalmente en 1968— y, para muchos, dicha adaptación cinematográfica resultó con el tiempo un incentivo para que otros productores y directores de cine (no necesariamente todos de Hollywood) se interesaran por llevar a la pantalla otros universos imaginados del novelista estadounidense.<sup>[2]</sup> *Blade Runner* generó, además, una atracción creciente para la investigación en ciencias

sociales y humanidades, sobre todo en disciplinas como la ciencia política, la sociología, la filosofía e, incluso, la antropología. Una de las razones por las que es atractiva la obra de Dick estriba en el hecho de que sus escenarios futuristas traen a cuenta un conjunto de temas que resultan claves para entender el presente tales como el sentido de lo humano, la entropía de los mundos sociales y sus objetos, la guerra, los poderes políticos y la evolución humana. Sin embargo, destaca de manera particular el tratamiento de los rostros de la otredad que se construyen a través de distintos dispositivos electrónicos y tecnológicos de vigilancia: individuos y grupos que, por su condición humana o no humana, por su lenguaje, sus deseos, color de piel o situación geográfica, son controlados, excluidos y, en caso extremo, exterminados. Con todo, los mundos que imagina no solo son opresivos y asfixiantes, como aquellos que pueden encontrarse en las distopías futuristas de inspiración orwelliana. El presupuesto central de este libro es que las obras literarias de Dick permiten encontrar también cómo los dispositivos electrónicos sirven para que los grupos dominados resistan y defiendan su individualidad y libertad, así como formas alternativas de solidaridad institucional y cohesión social.

Para desarrollar este presupuesto se busca alcanzar dos objetivos. El primero, analizar el trabajo de este escritor, ya que permite dar cuenta de la articulación y confrontación entre los códigos civiles y no civiles, entre los valores y principios tanto democráticos como no democráticos.<sup>[3]</sup> En otros términos, opera de manera narrativa modelos de sociedad caracterizados por funcionar como maquinarias de opresión, dominio y sojuzgamiento social por poderes políticos absolutos. Al crear estos ambientes opresivos, algunos de los protagonistas de las novelas imaginan y sostienen valores críticos que consideran humanamente valiosos tales como la libertad individual y colectiva. Estos son valores civiles —en la medida en que están inspirados en ciertos referentes democráticos— que se caracterizan por estar ligados a la autonomía, la libertad y la solidaridad humana con miras a generar procesos de inclusión, equidad e igualdad social; en tanto que los códigos no civiles —

vinculados a los mecanismos autoritarios de control y sujeción—, se distinguen porque generan procesos de heteronomía, dominación y coerción social con miras a producir estructuras de desigualdad e inequidad social.<sup>[4]</sup>

El segundo objetivo del libro es analizar cómo esa articulación y confrontación de valores y principios han sido interpretadas en distintos dramas filmicos, tanto cinematográficos como televisivos. En otras palabras, interesa aquí dar cuenta de la puesta en escena que se ha hecho del trabajo de Dick con el fin de traducir visualmente —en representaciones dramáticas— a los protagonistas, antagonistas, escenarios y guiones de las novelas y cuentos del escritor estadounidense con el fin de que su narrativa literaria camine y hable frente a distintos auditorios. Sin embargo, aquí no interesa examinar si dichos dramas logran interpretar de forma correcta o no la obra literaria, sino comprenderlos como procesos a través de los cuales se interpreta y construye una imagen de los escenarios futuristas y ucrónicos que imaginó el escritor estadounidense. Siguiendo a André Bazin (1967), cuando una novela se transforma en imagen se coloca en una esfera distinta de la literatura, la imagen adquiere un cierto aire más “realista” que el texto escrito, en la medida en que las formas visuales del filme proyectan al espectador una cierta “ontología de realismo” sobre lo que ve. Así, cada imagen que aparece en el cine o la televisión puede ser recibida con la convicción de que eso que sucede en la pantalla es un acontecimiento “verdadero” —aunque obviamente de manera dramáticamente diferente que los hechos que suceden en la vida real—.

No obstante, hay que aclarar que no se pretende llevar a cabo una revisión del conjunto de la obra de Dick, ni mucho menos una investigación del universo de dramas filmicos que su trabajo ha estimulado. Se analizan las novelas del autor estadounidense, así como las producciones cinematográficas y series televisivas que ha inspirado, donde se definen diferentes tipos de otredades a partir de distintos dispositivos de vigilancia. Estos Otros pueden ser androides, humanos y espacios de colonización. En otras palabras, el

libro se orienta a explorar los escenarios de ficción en los que aparecen mecanismos de recolección sistemática de información con el fin de influir, por acción u omisión, en la vida de personas y grupos. Precisamente la recolección de información garantiza establecer perfiles, tipos y categorizaciones para clasificar personas y grupos con el fin de incluirlos o excluirlos de la vida social. Así, se trata, por un lado, de observar cómo estos dispositivos favorecen la operación de modos específicos de dominación y control social, y, por otro lado, de entender la forma en que dichos dispositivos generan procesos de autonomía, así como de libertad individual y colectiva. Si hay algo que distingue las historias de ciencia ficción de Dick de las de sus contemporáneos en el género literario es que, si bien la vigilancia permite la gestión de grupos específicos de la sociedad —a veces humanos, otras veces no humanos—, también hace posible que dichos grupos resistan, se rebelen y, en algunas ocasiones, creen mecanismos de solidaridad y cohesión social. En otras palabras, la vigilancia posibilita que aquellos considerados como los Otros exijan su inclusión en la vida social, que puedan demandar que la solidaridad y las membresías de inclusión social se extienda hasta ellos. De esta forma la vigilancia no solo es un instrumento en manos de quienes dominan, también es desplegada por los grupos que buscan reducir sus márgenes de exclusión social. Esta idea ha sido desarrollada posteriormente desde la sociología cuando se advierte que la vigilancia no puede verse únicamente como un mecanismo coercitivo y amenazante, sino que también protege y cuida (Lyon, 1994; Weller, 2012). Este carácter dual de la vigilancia es independiente del tamaño de la información que maneja, de su grado de centralización, de la rapidez con la que viaja la información recolectada y procesada, del número de contactos con otros sistemas de vigilancia, así como del tipo de grupos a los que se vigila. Si la vigilancia produce lógicas de cohesión, ello se debe a que es un proceso de comunicación moral que genera solidaridad social, “el cual es literalmente dado, y no el resultado de fuerzas del mercado o luchas políticas (Lyon, 1994, p. 222).

En este sentido este libro se inscribe en la línea de la sociología cultural que considera que la cultura debe ser abordada como una

esfera que posee autonomía con respecto de otras esferas de la vida social —tales como la economía, la política y la estructura social— y que además tiene efectos de causalidad sobre ellas (Alexander, 2019). Por tanto, no es un trabajo de sociología de la cultura, no se asume el presupuesto de que el mundo de los símbolos y sus significados —así como los sentidos que produce— son variables dependientes de una supuesta vida material más objetiva y, por ende, más real. La sociología cultural tiene implicaciones relevantes para examinar los sistemas sociales y sus partes. La acción colectiva y la institucional expresan la presencia de una red de códigos, narrativas y símbolos que se encuentran en el fondo de la sociedad y que permiten la cohesión de esta última.

La propuesta de sociología cultural retoma de manera consecuente las reflexiones de Durkheim sobre la sociología de la religión para señalar la forma en que los individuos y colectivos mantienen la división del mundo entre espacios sagrados y profanos, incluso en las sociedades modernas. Por otro lado, se retoma de Weber el peso que tiene la definición del bien y el mal social en la concepción de lo justo y lo injusto en las sociedades contemporáneas. Para la sociología cultural estos son temas centrales que se encuentran pautados en las sociedades democráticas por las disputas que se dan en la esfera civil: ese campo en el que se sostienen de forma crítica e integrada las inspiraciones y capacidades universales de solidaridad y pertenencia, así como los procesos emocionales derivados de la conexión de las personas en colectividad.

## **Ciencia ficción, sociología cultural y esfera civil**

A diferencia de las perspectivas inspiradas en el modelo hobbesiano que consideran que la sociedad es una lucha permanente del hombre contra el hombre para satisfacer sus intereses egoístas, los padres fundadores de la sociología apostaron por considerar que la sociedad mantenía su unidad gracias a principios morales de solidaridad y autoridad. Son precisamente los ideales y los valores morales que las sociedades juzgan relevantes y centrales para su sostenimiento los que crean los vínculos emocionales y afectivos que dan forma a

dichos lazos de solidaridad. Sin embargo, los actores y grupos sociales someten sus referentes morales a crítica e interpretación de forma constante, alterando con ello su sentido en el tiempo. Así, la solidaridad en la esfera civil se produce en ese mundo de valores e instituciones que “genera la capacidad de crítica social e integración democrática al mismo tiempo” (Alexander, 2006, p. 4). Explora cómo se construye y se define, por un lado, la solidaridad democrática, con sus disputas internas sobre el tipo de inclusión y membresía social que debe ser considerada justa y legítima, y, por otro, de qué manera esa solidaridad se desarrolla en un contexto donde prevalecen lógicas autoritarias de cohesión e integración social.<sup>[5]</sup>

En la esfera civil la construcción de la solidaridad se define por el entrelazamiento tirante entre las demandas particularistas que reclaman los actores sociales y las obligaciones colectivas de universalidad. La esfera civil es un concepto que permite comprender la tensa relación que se produce entre los referentes universales de inclusión y solidaridad y las demandas específicas de los distintos grupos sociales (Alexander, 2006). Como sugiere Junker y Chan (2019), esto significa que, por un lado, la solidaridad refiere a un conjunto universal de ideales sobre la libertad, los derechos y la civilidad, y, por otro, a las identidades particularistas comúnmente compartidas por ciertos grupos como el territorio, el lugar de nacimiento, el lenguaje o un conjunto de atribuciones que se consideran esenciales para garantizar la reproducción de la vida social.

Una relación con estas características provoca repetidos desacuerdos sobre las demandas de inclusión y membresía social. Los desacuerdos se cristalizan en los medios de comunicación y en las encuestas e irrumpen en la escena pública muchas veces como movimientos sociales o contra estos. Para dirimir tales desacuerdos, se llevan a cabo votaciones, resoluciones jurídicas o se implementan cambios institucionales. Pero más allá de dar cuenta de la forma en que se resuelve la tensión, la solución es siempre parcial para unos e incompleta para otros. En la medida en que los actores tienen

distintas interpretaciones sobre cómo debe cristalizarse la solidaridad social, expresan reiteradamente su desacuerdo acerca de la articulación de las demandas individuales y las obligaciones colectivas. Por su puesto, esta lógica contradicción entre universal y particular que define la solidaridad social resulta imposible de solucionar en un solo sentido y de manera definitiva.

Siguiendo a Alexander (2006), la esfera civil opera con sus propios códigos culturales e institucionales de solidaridad y conflicto. Los códigos culturales proporcionan las formas de clasificación social a través de los cuales los actores juzgan y determinan la pureza o impureza de sus acciones y la de los otros, y a partir de dicha tipificación se definen los criterios de solidaridad, de inclusión y de exclusión social. Por su parte, los códigos institucionales se cristalizan espacial y temporalmente en formas comunicativas y regulativas. Las instituciones comunicativas reflejan y difunden — como sugieren Kivisto y Sciortino (2015)— las posturas, pasiones e intereses de quienes se asumen como parte de una sociedad o forman una red de actores que hablan en nombre de la sociedad, hacia la sociedad y como sociedad. Entre estas instituciones están los medios de comunicación, las asociaciones voluntarias y los movimientos sociales. Las instituciones regulativas son aquellas que ante el reclamo social de solidaridad poseen el derecho a tomar decisiones vinculantes, como sucede con los cargos electivos y tribunales. Existen otras esferas que bordean la esfera civil y que tienen sus propias lógicas de solidaridad y cohesión, apelando a valores no universales, a mundos morales particulares y sectoriales que legitiman sus propias estructuras jerárquicas. El Estado, la economía, la familia o la religión son un ejemplo de esferas no civiles. El Estado es una organización burocrática impersonal que ejerce control social a través de órdenes y principios de autoridad y fuerza. El mundo de la economía opera a partir de la productividad, el interés y la ganancia. La familia, por su parte, está ligada en su interior por lazos afectivos, pero depende de la potestad y la deferencia, no de la crítica. La religión, por otro lado, genera lazos de comunicación y solidaridad en función de una autoridad que media la relación entre los creyentes y Dios. Cada una de estas esferas no

civiles establece relaciones de frontera, que constantemente se reescriben y desplazan, con la esfera civil.<sup>[6]</sup> Al comprender dichas relaciones de frontera que tiene con otras esferas —sobre todo en contextos autoritarios— se pretende entender de qué manera la vigilancia se articula o confronta ciertos valores y principios categorizados en la sociedad como civiles y democráticos con otros juzgados anticiviles o no democráticos.<sup>[7]</sup>

Los objetivos y las acciones estratégicas que definen la acción de cualquier actor no solo están motivados y definidos por su interés particular o la ambición por el poder. El mundo está enmarcado y comprometido con códigos culturales, de tal suerte que el poder “es también un medio de comunicación, y no simplemente una meta de una acción interesada o un medio de coerción. Tiene un código simbólico, y no solo una base material” (Alexander, 2006, p. 48). En tanto que tiene una referencia simbólica, el ejercicio de la política está localizado en un medio y un contexto que posee una dimensión estilizada y normada. La política se mueve en el lenguaje y produce efectos que escapan al control de sus actores. Genera sentido y realidades políticas, produce escenarios de actuación, activa sentimientos de inclusión y exclusión que llaman a veces a la movilización colectiva. El lenguaje político democrático —que caracteriza a la mayor parte de las sociedades occidentales— tiene la particularidad de conectar los valores y principios universales en momentos e instituciones precisas. El esfuerzo por dar sentido a conceptos abstractos como la libertad, la ciudadanía, la inclusión y la igualdad solo adquiere sentido cuando está anclado a situaciones concretas y procesos relacionales.

Esto significa que el lenguaje político no es solo simbólico, sino experiencial. No es solo un juego de palabras y códigos en abstracto, sino que se expresa y adquiere contenido al hacer referencia a determinadas experiencias, a momentos específicos, a situaciones en donde se hacen operar los criterios de justicia, equidad, legitimidad y solidaridad —por mencionar solo algunos términos— para entender “realmente cómo funcionan”. Las situaciones concretas obligan a los actores a poner en práctica los códigos universales del lenguaje

democrático que al ponerse en práctica resulta siempre con un diferencial —a veces de amplio a reducido— entre las pretensiones del universal y sus consecuencias reales. Esto propicia interpretaciones, diferencias, desacuerdos y disputas sobre el sentido y los efectos de los códigos universales (Reed, 2007). Es gracias a estos últimos que el discurso democrático provee un marco compartido y un medio común de comunicación a los actores, independientemente de sus demandas diferenciadas y sus decisiones estratégicas (Alexander, 2010). Como sugieren Kivisto y Sciortino (2015) los intereses particulares están enmarcados en un conjunto de códigos democráticos que proporcionan un lenguaje común, incluso a los grupos que están en pugna. Los actores pueden confrontarse porque pueden imputarse mutuamente las mismas atribuciones de pureza e impureza democrática, de juzgarse como civiles o inciviles, y demandar con ello quién merece o no ser considerado en las membresías de la inclusión social.

En tanto que el sentido de disputa es construido de forma relacional entre los actores políticos —advierde Alexander (2006)—, la civilidad de unos se articula en el lenguaje de la incivilidad de los otros. Estas imputaciones relacionales se trasladan hacia las instituciones que los actores construyen, a las que de continuo se acusa de ser o no ser lo suficientemente democráticas e inclusivas. La solidaridad colectiva se cristaliza a partir de constantes esfuerzos por criticar a los actores y desmontar las instituciones consideradas no civiles. Por tanto, las atribuciones morales que se ponen en juego no solo tienen un carácter simbólico, sino una condensación institucional, generando estructuras de sentido y sentimientos que “corren justo debajo de la superficie de las estrategias institucionales y sus élites” (Alexander, 2006, p. 54). Dichas estructuras se mueven y caracterizan por códigos simbólicos binarios de lo puro y lo impuro. La supuesta pureza o impureza simbólica que se imputa a los distintos actores de una sociedad democrática, así como a sus instituciones, determina el carácter civil de su comportamiento.

La posición de clase, la raza, el género, el tipo de trabajo que una persona posee —entre otras etiquetas sociales—, sirven como referentes para establecer el grado de probidad o contaminación con